

I

EDUCAR EN LA DESCONFIANZA

Imaginen un mundo donde los más jóvenes son encerrados durante horas en un espacio diminuto, bien sentados y en silencio, obedeciendo todas las reglas a riesgo de llevarse un castigo. Donde se les pide que lleguen a un mínimo de productividad en cualquier tarea que se les haya ordenado. Tareas de diversa índole que requieren de diferentes capacidades sean cuales sean las suyas. Y si no consiguen desarrollarlas con cierto éxito son marcados como NO APTOS.

Un lugar del que no pueden salir sin supervisión y en el que no tienen permitido apenas moverse —no te levantes, siéntate bien, no vayas dos veces al baño— ni hablar con nadie hasta que suena un timbre. Entonces, y solo entonces, pueden atravesar los largos pasillos hasta el patio, donde tendrán la posibilidad de caminar bajo el cielo hasta que otro timbre vuelva a sonar treinta minutos después y deban volver a sus cubículos.

Pues bien, este lugar es la mayoría de centros escolares españoles. Y la comparación con un centro penitenciario no es baladí pues el enfoque educativo español, como veremos, se basa en el control y la vigilancia. El

ruido de fondo de nuestro sistema es la desconfianza en las capacidades de los estudiantes, considerados inmaduros emocional y cognitivamente hasta edades cada vez más avanzadas.

Por desgracia, la falta de confianza va más allá y domina hoy en día casi todas las relaciones sociales, pero centrémonos por ahora en el ámbito escolar. Podríamos decir que son cuatro desconfianzas las que vertebran nuestro sistema educativo. Por un lado, como acabamos de apuntar, los adultos no confían en los niños y adolescentes, lo que genera un enfoque didáctico cuyos fundamentos son principalmente la supervisión constante y la sobreprotección. Por otro lado, debido tanto a esta vigilancia de los menores como a diversos factores sociales que analizaremos más tarde —derivados entre otras cosas del desprestigio de la labor docente—, las familias no confían en los centros educativos. Como consecuencia, muchos centros superregulan y vigilan de cerca a sus profesores para evitar demandas o fuga de matriculaciones, lo que puede acabar en represión e incluso censura.

Finalmente, esta desconfianza general repercute en los estudiantes. La sobreprotección de los padres unida a unos centros excesivamente regulados y a unos profesores que rehúyen las polémicas y las críticas da como resultado que los jóvenes tardan más en madurar y obtienen muy poca confianza en sí mismos y en sus capacidades.

En conclusión: desconfianza de los adultos hacia los estudiantes, de las familias hacia los centros educativos, de las directivas hacia los docentes y del propio adolescente hacia sí mismo.

Pero vayamos por partes.

Hace un par de años, un joven de dieciséis años saltó la valla del instituto donde estudiaba para irse a un centro comercial con varios amigos de otro instituto. Tuvo la mala suerte de encontrarse por la calle con su madre que se dirigió inmediatamente al centro educativo. Se presentó indignadísima en el despacho del director y comenzó a gritar que iba a denunciar al centro.

Es un caso real que yo presencié de primera mano y me parece elocuente porque deja en evidencia varias ideas que subyacen en nuestra sociedad. La primera es que, como hemos dicho, el sistema educativo se basa en la custodia. Según la ley, si un estudiante salta la valla, la culpa es del centro educativo por no tenerla más controlada, no del niño por saltarla. La labor de los centros escolares ha ido mutando con los años: si el propósito principal siempre fue proporcionar conocimiento, hoy en día prima la labor de vigilancia, incluso en los niveles más altos. En realidad, el paso lógico de un centro para evitar demandas de este tipo sería poner focos, cámaras y torres vigía, lo que nos deja ver claramente el concepto de educación que prima actualmente.

La segunda cosa que pone en evidencia este caso es que los alumnos son considerados estúpidos por sus propios padres. Porque un niño de dieciséis años que ve una valla y no es consciente de que está prohibido saltarla tiene un grave problema cognitivo. Sin embargo, la madre culpa a los profesores asumiendo, por un lado, que la labor de los centros escolares es la de guardería o cárcel, pero, por otro, también la falta de madurez de su hijo.

¡Pobre niño que no ha sido debidamente vigilado y ha saltado la valla!

Conozco casos de padres que piden a los profesores de su hija que le apunten en la agenda las tareas para casa. Porque es un desastre y se le olvida anotar las cosas, dicen. Casos de madres que tienen en contactos de WhatsApp a algún buen estudiante de la clase de sus hijos para así preguntarle cada día los deberes. Es que mi niño es muy despistado y no se entera de nada, dicen. Conozco casos de padres que se quejan de que los docentes tienen manía a sus pequeños y por eso suspenden. No es muy trabajador pero si suspende es porque habla mucho en clase y le tienen manía, dicen. Y también casos de madres que justifican las faltas de asistencia para que tengan más tiempo de estudiar exámenes. O que no les dejan ir a excursiones por si les pasa algo.

Incluso sé de algunos que rellenan la matrícula de la Universidad por si los chavales no saben.

¿Qué muestran estas actitudes? Pues si llamamos a las cosas por su nombre, queda en evidencia que los adultos están convencidos de que sus hijos son estúpidos o profundamente inmaduros para su edad. Porque el problema no es solo que los padres, con toda la buena fe del mundo, vayan resolviendo los problemas de sus hijos. También en ocasiones el profesorado, con la misma voluntad de ayudar, contribuye a generar estudiantes dependientes. Es muy habitual ver a un docente corriendo detrás de uno de sus alumnos para recordarle, por tercera vez, que tiene que realizar el examen que no pudo hacer cuando estaba enfermo. Y lo peor de todo es que los estudiantes están tan acostumbrados a que los adultos los controlen y supervisen que echarán la culpa al profesor si suspenden la evaluación por no hacer ese examen —¡No me has avisado!— e incluso a sus padres o tutores por no haberle controlado más.

El mensaje que lanzamos una y otra vez al alumnado, con esta equivocada estrategia llena de buenas intenciones, es que no son capaces de hacer las cosas solos. Que siguen siendo niños pequeños. Les minamos la confianza y retrasamos así que maduren y se conviertan en seres autónomos capaces de resolver sus propios problemas.

Perdonen que insista en los ejemplos, pero no son extraños los padres que le subrayan la lección a su hija para que sepa lo que es importante, que le hacen en parte o totalmente algunos trabajos, que se leen los li-

bros de lectura obligatorios para contárselos —¡No les da tiempo a todo!— o que, cuando se acerca el final de curso, le piden a los docentes que aprueben al niño para que no se traumatice.

Exacto, para que no se *traumatice*. Es una de las palabras de moda.

Si creen que estoy exagerando pregunten a cualquier educador; seguro que sonríe y comienza a contarle casos particulares al respecto. Porque, por suerte, no todos los adultos tienen esta actitud frente a los niños y adolescentes, pero estas anécdotas son cada día más numerosas. Padres que creen que sus hijos son ineptos e incompetentes incluso para las cosas más sencillas; profesores que intentan ayudar a sus estudiantes tratándolos como si fuesen incapaces de coger las riendas de su propio proceso de aprendizaje; leyes que delegan la responsabilidad de los actos de los estudiantes en sus educadores por no custodiarlos convenientemente asumiendo desde la legalidad su dependencia de los adultos... Por supuesto, este no es un problema adscrito solamente al ámbito educativo. Obviamente es un problema social. El recelo no se adscribe a los menores —no sea que le dé el sol, que se resfríe, que salga flojo porque no le doy leche materna, que me odie por ponerle límites, que se conmocione si acude a una charla de sexualidad, que se ofenda por algún comentario, etc.—, sino que se puede aplicar a todos los ámbitos, como veremos más adelante.

El denominador común de estas actitudes tan frecuentes en el ámbito escolar es la desconfianza en el alumnado. La idea de que los adolescentes son profundamente inmaduros y no saben hacer las cosas sin la tutela adulta. De esta forma, tutores y educadores ponen la zancadilla a la autonomía de los estudiantes. Porque un profesor que recuerda mil veces a un alumno que debe hacer un examen solo consigue que ese alumno se confíe y delegue la responsabilidad en el profesor. Exactamente igual que un padre/madre que pide al profesorado que organice la agenda de su hija no le permite a esta actuar de forma independiente. Todo queda delegado en otros. La adolescente es tratada como un bebé que no se vale por sí misma y necesita ayuda. ¿Y cuál es el mensaje que transmite este enfoque? Que necesitan vigilancia y tutorización porque no pueden hacerlo solos, lo cual mina la confianza y seguridad de los estudiantes en sí mismos, que acaban asumiendo que si no se apoyan en un adulto, fallarán.

El GPS es una gran herramienta para llegar a nuestro destino, pero si siempre usamos el GPS aprendemos mucho más despacio a orientarnos. Si solamente seguimos órdenes —recto, gira aquí, ve allá— la concentración es baja y es posible que nunca conozcamos realmente cómo llegar sin ayuda al destino. Y eso mismo pasa con los estudiantes españoles. Nos empeñamos en ponérselo tan fácil que les escamoteamos la posibilidad de aprender a hacer las cosas de verdad, por sí mismos.

Los hacemos dependientes de nosotros, de nuestro «sigue recto y gira a la derecha», y no les permitimos ser autónomos. Madurar.

Como vemos, se ha generado la falsa idea de que los adolescentes son incapaces y, por lo tanto, la responsabilidad de sus actos es de sus vigilantes. Muchos padres y madres desconfían de las capacidades de sus hijos. Toda la sociedad asume en realidad —si observamos la legislación al respecto— que son esos seres estúpidos incapaces de ver una valla y no saltarla. Animales salvajes que intentarán escaparse durante las excursiones. Cortitos de mente que no saben discernir las consecuencias de sus actos por lo que no podemos responsabilizarlos a ellos.

Antes de seguir creo que se hace necesario salir de España para poder entender estos argumentos con perspectiva. Estamos tan acostumbrados a nuestro modelo educativo que no somos conscientes de que las cosas pueden hacerse de otra forma.

Vayamos por ejemplo a Islandia, un país donde los centros educativos, lejos de ser ese lugar hostil que son en España desde su propio diseño seudocarcelario, son una prolongación de sus casas donde se sienten a gusto y con libertad para andar sin zapatos sobre el parquet o hacer los deberes en el suelo tumbados sobre una gran alfombra con cojines. Donde no hay vallas alrededor

del edificio porque el alumnado puede salir del centro cuando quiera. También de la clase. Los estudiantes no deben dar explicaciones para abandonar el aula y salir afuera: para sentarse en un banco o dar una vuelta por el patio.

No me lo invento. Lo he visto con mis propios ojos. Y cuando un alumno se levantó y salió del aula donde yo estaba de observador, fui el primero en desconfiar.

—¿Se pueden ir de clase sin pedir permiso?

—Sí, pueden salir cuando quieran —me explicó la profesora—. Están muchas horas aquí dentro y a veces se agobian. Se cansan. Es una edad difícil, tienen muchas cosas en la cabeza. Mejor que salgan, respiren, y ya entren más calmados, ¿no crees?

Recordé una vez que una alumna me pidió salir de clase y le dije que no. Minutos después estaba llorando. No sé qué le pasaba, no quiso contármelo cuando hablé con ella más tarde, aunque me arrepentí de haberla obligado a llorar delante de sus compañeros.

—Pero esta es la última clase... —insistí a la profesora islandesa—. ¿Pueden irse a casa antes de la hora de salida?

—Pueden salir del centro cuando quieran. No solo los adolescentes del instituto, también los niños del colegio.

—¿Y si los atropella un coche?

La profesora me miró confusa.

—¿Por qué va a atropellarles un coche? Obviamente no dejamos salir a niños muy pequeños, solo a aquellos que tienen edad para andar solos por la calle...

Otras dos alumnas se levantaron, dijeron adiós y se marcharon del aula. Todavía quedaban quince minutos para que sonara el timbre que marcaba el final de las clases. La profesora debió imaginarse lo que estaba pensando y se adelantó.

—Les ha mandado deberes y supongo que los que se están yendo ya los han terminado —explicó con una sonrisa. Yo, como la mayoría de docentes españoles que estén leyendo esto, pensé que esa mujer era demasiado ingenua. ¿Cómo sabía que los habían acabado si no lo había comprobado? Personalmente —si en España fuera posible dejarlos salir antes—, jamás habría dejado que se fueran sin comprobar que habían acabado. Yo no confiaba en mis alumnos. Estoy seguro de que gran parte de mis estudiantes se habría marchado del aula diciendo que habían acabado pero no sería más que una mentira para salir antes.

La profesora intuía mis pensamientos y prosiguió:

—Queremos que sean felices y vengan a clase a gusto. Es una forma de motivarlos a aprender mucho mejor que obligarlos y estresarlos.

Esa frase me reafirmó en mi idea: era la típica con buenas intenciones y mucho argumentario teórico *cu-qui* a la que el alumnado acaba tomando el pelo en la práctica.

Entonces sonó el timbre y los estudiantes me convencieron de lo que ella no había podido pues solo unos pocos se levantaron de la silla y se marcharon. El resto se quedó en sus pupitres.

—Las clases han acabado, ¿no?

—Sí —respondió la profesora sin moverse de la silla.

—¿Y por qué no se van?

Una jovencita se levantó y se sentó junto a otra. Ambas empezaron a comparar sus ejercicios y una de ellas explicó algo a la otra, que observaba el cuaderno con el ceño fruncido.

—No habrán acabado aún...

Quince minutos después se iba el último estudiante. Quince minutos después de la hora de salida. ¿Por qué desconfiar de los que se fueron antes si algunos se fueron después? ¿No sería lo justo confiar en todos?

La cosa no acabó ahí. Al día siguiente estuve en un colegio y pude asistir a varias asignaturas optativas. En un taller vi a niños de ocho años cortando madera con sierras eléctricas. En el aula-cocina había pequeños de siete años usando fogones para cocinar. Al lado, otros niños hacían bufandas con máquinas de coser. De nuevo las inercias mentales me llevaron a preguntar.

—¿Nunca ocurre nada?

El maestro de Tecnología me miró tan extrañado por la pregunta como su compañera de Matemáticas el día anterior.

—¿Qué quieres decir?

—¿Nunca ocurre que un niño se corta o se quema al cocinar?

—Claro... Pero hay enfermería...

Seguía sin entender la pregunta. Continué:

—¿Y si ocurre algo así no os demandan los padres?

Levantó las cejas.

—¿Por qué iban a hacerlo? Tomamos todas las precauciones: gafas, guantes..., pero a veces es inevitable que se hagan algún rasguño, claro. O que se quemen un poco si cocinan. Nada grave. Los padres quieren que sus hijos sean independientes y autónomos. Preferirían un corte en un dedo a un hijo que no sabe hacer nada.

Pensé inmediatamente en los centros educativos españoles. Por vez primera entendí que teníamos un verdadero problema de sobreprotección hacia los niños: demandas o quejas continuas de los padres hacia los profesores incluso por ponerles exámenes difíciles. Hacia Ayuntamientos por hacer toboganes duros. Hacia películas o cuadros por herir su sensibilidad, etc.

Los padres islandeses tienen claro que si el alumno no trabaja, casi siempre es culpa del alumno. Les enseñan desde pequeños a ser responsables de sus actos. Tienen que estar supervisados pero sin pasarse, porque acabarían por ser dependientes y por pensar que sus actos son culpa de otros. De padres y profesores, por no vigilarlos bien. Por permitir que no trabajen.

En España hay centros cuya línea educativa es muy similar a la descrita, dirá alguien. Y es cierto, pero por desgracia son todavía una minoría.

Es otra cultura, objetará otra persona. Y sí, obviamente es otra cultura. Pero justo para eso sirve la educación, para cambiar las cosas, para que los adultos de mañana no cometan los mismos errores que los de hoy. Porque, vamos a ver, ¿son nuestros hijos más tontos que los niños islandeses? Obviamente no, pero eso no importa porque el subtexto de nuestra ley, que responsabiliza a centros y docentes de los actos de los niños, parece decir que sí lo son y por ello deben estar constantemente vigilados. Y esto determina la forma de educar y de relacionarnos entre todos aquellos implicados en el sistema educativo: docentes, alumnado, padres, directiva...

Un sistema sobreprotector que hace creer a los menores que no tienen la culpa de nada es un sistema que genera irresponsables. Ha llegado un momento en el que ni siquiera se saben artífices últimos de su educación. La mayoría tiene la falsa idea de que va a clase para contentar a los adultos. Aprueban para otros en lugar de tomar conciencia de que sus notas están conectadas a su futuro: que los aprobados o suspendidos son solo para ellos. El sistema les muestra de mil maneras diferentes que son secundarios en su propia educación. Supervisados en todo momento para que no hagan algo mal; castigados si suspenden y premia-

dos si aprueban; inmaduros que necesitan ayuda para hacer trabajos.

Seres pasivos en su proceso de aprendizaje.

La realidad, espero que no les sorprenda, es que los niños y los adolescentes españoles no son para nada estúpidos. Aunque a lo mejor, con el tiempo, entre todos conseguimos estupidizarlos, eso no lo descartemos. Porque me pregunto qué adultos pueden salir de estos niños mimados y protegidos hasta el exceso. Adultos que no han aprendido a responsabilizarse ni han visto sus ideas problematizadas ni han asumido ninguna culpa. Un montón de mayores de edad infantiloides. Irresponsables. Perdidos.

Y la cosa se pone todavía peor si aludimos a la sensibilidad. ¡Apruébelo para que no se traumatice repitiendo curso! No hable de nada sexual no sea que se violenta. No expliquen el Big Bang porque yo la he educado en una fe religiosa y quizás la confunda. No les dejen usar herramientas en Tecnología por si se dan un golpe jugando con ellas.

¿Dónde estaba el profesor para evitar que se golpearan?

¡Quejémonos! ¡Llamemos a dirección! ¡A inspección! ¡Demandemos!

Cuenta el psicólogo social Jonathan Haidt en *La transformación de la mente moderna* que el número de niños alérgicos a los cacahuets se triplicó en quince años

desde finales de los 90. ¿La razón? Los padres, para proteger a sus hijos de esta alergia, comenzaron a comprar solo aquellos productos sin trazas de cacahuete. La industria alimentaria, adaptándose a este impulso, eliminó toda traza de cacahuete. Los medios de comunicación, atentos a este nuevo miedo, alertaron a la población del peligro del cacahuete aumentando la alerta de las madres.

Quince años después, los niños con alergia eran tres veces más. ¿Por qué? Pues porque una pequeña dosis de la amenaza consigue que tu cuerpo cree defensas, protegiéndote y haciéndote más fuerte, así que, al no haberse visto expuestos al cacahuete, su cuerpo no aprendió a protegerse de él.

Vivimos en la época dorada de las alergias y la explicación es el exceso de higiene y protección. Porque el ser humano, como el resto de seres vivos, necesita estresores y desafíos para aprender, adaptarse y crecer. Flaco favor hacemos a aquellos críos a los que no dejamos enfrentarse al mundo por si se lían o se traumatizan o no saben qué entra para el examen y suspenden, pobres.

Creo que el argumento ya ha quedado suficientemente claro: la sobreprotección con la que se educa hoy en día es contraproducente. Los niños desde siempre se suben a los árboles o se tiran por la barandilla de la escalera porque su forma de aprender es asumiendo riesgos controlados, pequeños desafíos. Cuando juegan